

Jamás diga una mentira (20.16)

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio (20.16).

Muchas personas parecen estar a gusto diciendo lo que les viene en gana, sin importarles la veracidad de lo que dicen. La mentira se ha convertido en un estilo de vida. Se nos dice que la comunicación «creativa», como algunos la llaman, puede rendir dividendos.

Hace algunos años, el General William Westmoreland demandó a una cadena televisiva. Decía que la cadena lo había calumniado y difamado. La cadena lo había acusado de tramar un complot a los más altos niveles de la inteligencia militar. El programa informó que él había falsificado datos acerca de bajas en combate, con el fin de estimular al pueblo estadounidense a apoyar la Guerra de Vietnam. Westmoreland dijo que él no había hecho tal cosa. ¿Quién decía la verdad?

Hasta el Presidente de los Estados Unidos se rindió a la tentación de mentir, cuando negó conocer de un encubrimiento del gobierno, relacionado con la instalación clandestina de micrófonos en la sede del partido demócrata. El edificio de Watergate se yergue como un monumento al poder de la mentira. Muchos creen que con sólo que el presidente Richard Nixon hubiera reconocido que actuó mal y hubiera pedido perdón, el pueblo estadounidense lo hubiera perdonado. Tales mentiras han quedado grabadas con fuego en la historia.

¿Cómo podemos saber que alguien está diciendo una mentira? Nuestro sistema penal no puede garantizar que sus decisiones sean correctas, porque jamás podremos tener verdadera certeza de quién está diciendo la verdad y quién está mintiendo.

Las exageraciones y las distorsiones de la verdad son todavía mentiras. Winston Churchill evitó llamarle mentiroso a cierto miembro del Parlamento, así que le dijo: «Estás cometiendo una inexactitud terminológica». Aun así, esto fue lo que le quiso decir: «Estás mintiendo».

Los seres humanos están tan inclinados a mentir, que pareciera que la verdad jamás ha sido un valor absoluto. Cuando Jesús estaba siendo juzgado, estando su vida en juego, Pilato le preguntó: «¿Qué es la verdad?». En un mundo tan lleno de mentiras como el nuestro, ya nos podemos estar haciendo la misma pregunta.

Santiago se refirió a las personas que tienen que jurar por algo para que les crean: «Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación» (Santiago 5.12).

¿Por qué es importante la verdad para Dios? ¿Por qué incluyó Dios el mandamiento que dice: «No hablarás contra tu prójimo falso testimonio» en los Diez Mandamientos? ¿Por qué es peligrosa la mentira?

LA MENTIRA ES EL LENGUAJE DEL DIABLO

En Juan 8, hallamos que Jesús se vio envuelto en una disputa con los líderes judíos. Éstos no creían en el testimonio de Jesús. Jesús les dijo que se estaban comportando como su padre, no que el padre de ellos fuera Satanás. Luego Jesús usó un lenguaje más descriptivo:

Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he

venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis (Juan 8.42–45).

Con las anteriores palabras, Jesús elevó el problema de la mentira a un nivel mucho más serio. Cuando mentimos, hablamos el idioma del diablo. La mentira es obra de Satanás. Jesús estaba bosquejando nuestra participación en el conflicto cósmico y a gran escala que se está librando entre Dios y Satanás. Es tan desesperante este conflicto que Satanás recurre a la táctica de cegar a las personas a la verdad del mensaje de Jesús: «... en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2ª Corintios 4.4).

Pablo expresó: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2ª Corintios 4.6). Note la división que se hace aquí entre las tinieblas y la luz. El entendimiento de algunas personas está tan cegado a la verdad, que viven en el error. Viven una mentira. Dios desea resplandecer con Su luz en medio de las tinieblas de la gente. La batalla por las almas de los perdidos es una lucha en la que se procura que la gente vea y acepte la *verdad*, y no las mentiras de Satanás.

LA MENTIRA LASTIMA A OTROS

El noveno mandamiento contiene varios términos técnicos, propios de los procedimientos legales de Israel. En Proverbios 14.25, se lee: «El testigo verdadero libra las almas; mas el engañoso hablará mentiras». La ley de Israel decía: «Los jueces inquirirán bien; y si aquel testigo resultare falso, y hubiere acusado falsamente a su hermano, entonces haréis a él como él pensó hacer a su hermano;...» (Deuteronomio 19.18–19a). El mandamiento a no hablar falso testimonio fue dado con el fin de proteger los derechos de las personas. Prohíbe la mentira que afecta directamente a otra persona.

Entre las cosas que aborrece Jehová se encuentran la lengua mentirosa y el testigo falso:

Seis cosas aborrece Jehová,

Y aun siete abomina su alma:
Los ojos altivos, la lengua mentirosa,
Las manos derramadoras de sangre inocente,
El corazón que maquina pensamientos inicuos,
Los pies presurosos para correr al mal,
El testigo falso que habla mentiras,
Y el que siembra discordias entre hermanos
(Proverbios 6.16–19).

Hablar falso testimonio es ofensa grave. Antes de que nos declaremos inocentes de este asunto, piense usted en algunas de las formas como podemos hablar falso testimonio.

Los chismes. Cuando repetimos lo que una persona ha dicho acerca de otra, estamos dando fe de la veracidad de ello, por más preámbulo que les pongamos a nuestras palabras. Al decirlo nosotros, le estamos dando credibilidad. El asesinato moral es hablar falso testimonio. El chisme es una maldad. No debemos hablar mal de nadie, por más veracidad que haya en lo que se diga (Efesios 4.31). Y cuando lo que se repite no es cierto, se estará añadiendo al pecado del chisme el de la mentira.

Como he trabajado en la radiodifusión de noticias, conozco el valor de la verdad. Se me dijo que la verdad es la mejor defensa contra un juicio por calumnias. Yo debía confirmar los hechos que alegara. A los que repiten rumores o insinuaciones no les importan los hechos. Tenga el cuidado de lo que lee y lo que escucha, y luego tenga cuidado de lo que repite. Esté seguro de que es cierto y de que repetirlo no lastimará a nadie.

Mentiras no cuestionadas. Cuando oímos algo que no es cierto y no decimos nada, bien podría decirse que nosotros también estamos mintiendo. Cuando no defendemos a la persona de la que se habla mentira, estamos ayudando a propagar la mentira. Basta con que digamos: «No creo lo que está diciendo», para cerrarles la boca a los mentirosos.

Cuando se oculta la verdad. Cuando sabemos la verdad y no la declaramos, somos falsos testigos. Aunque Jesús tuvo que ir a juicio y ser crucificado por nuestros pecados, todavía nos horroriza que nadie se levantara para decir: «Jesús jamás dijo ni hizo las cosas de las que ustedes lo acusan». Este Cristo que habló la verdad durante todo su ministerio, no tuvo nadie en Su juicio que hablara la verdad acerca de Él.

El peligro de mentir fue bien ilustrado por el rey Acab y su mujer, Jezabel. Esta malvada pareja gobernó Israel, a pesar de que adoraban a Baal, un dios falso. Un hombre llamado Nabot vivía cerca del palacio del rey Acab. Él tenía una hermosa viña, la cual se había mantenido dentro de la familia. El rey Acab la quería para él. Le ofreció dar a Nabot una mejor viña en otro lugar de Israel, o

pagarle lo que la viña valiera. Nabot se rehusó diciendo que él no podía deshacerse de una propiedad que era de su familia.

El rey Acab se llenó de mal humor y no cenó aquella noche. Al cabo de un rato, la reina Jezabel le preguntó qué andaba mal. Él le dijo que Nabot no quería venderle su viña. Jezabel le dijo que ella le conseguiría la viña. Ella escribió cartas en nombre de Acab y las envió a los líderes de la ciudad, diciendo que Nabot debía ser llevado a juicio por una ofensa capital, por blasfemar a Dios. Nabot iba a ser apedreado a muerte por aquel crimen. Un tribunal se reunió y Nabot fue enjuiciado. He aquí la estrategia de Jezabel:

Y las cartas que escribió decían así: Proclamad ayuno, y poned a Nabot delante del pueblo; y poned a dos hombres perversos delante de él, que atestigüen contra él y digan: Tú has blasfemado a Dios y al rey. Y entonces sacadlo, y apedreadlo para que muera (1^{er} Reyes 21.9-10).

Como resultado de esta mentira el rey Acab tomó posesión de la viña de Nabot. La verdad de lo sucedido le fue revelada al profeta Elías, el cual proclamó el juicio que les sobrevendría a Acab y a Jezabel:

Entonces vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: Levántate, desciende a encontrarte con Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí él está en la viña de Nabot, a la cual ha descendido para tomar posesión de ella. Y le hablarás diciendo: Así ha dicho Jehová: ¿No mataste, y también has despojado? Y volverás a hablarle, diciendo: Así ha dicho Jehová: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre.

Y Acab dijo a Elías: ¿Me has hallado, enemigo mío? Él respondió: Te he encontrado, porque te has vendido a hacer lo malo delante de Jehová (1^{er} Reyes 21.17-20).

LA MENTIRA NOS LASTIMA A NOSOTROS MISMOS

Cuando les mentimos a los demás, eventualmente nos estaremos mintiendo a nosotros mismos. El que miente pierde algún nivel de percepción de la verdad. El rey Acab y su esposa conspiraron para matar a un hombre inocente por una propiedad, y le llamó enemigo a un profeta justo. Acab trató de justificarse acusando a Elías de ser su enemigo, pero Elías no lo era. ¡El más grande enemigo de

Acab era él mismo!

Dios no olvidó lo que Acab le hizo a Nabot. Cuando un soldado arameo lo hirió de un flechazo por entre las junturas de su armadura, Acab sangró hasta la muerte, y los perros lamieron su sangre tal como Elías lo había profetizado. La invencibilidad de Acab era una mentira que él mismo se había llegado a creer. Cuando les mentimos a otros pronto nuestras mentiras serán suficientes como para que nosotros mismos empecemos a creérnoslas.

La Biblia nos advierte repetidamente que no nos engañemos a nosotros mismos. Estas advertencias nos dicen que es posible que nuestros corazones nos engañen. Si usamos la verdad, seremos veraces con nosotros mismos y seremos conocidos como personas íntegras.

CONCLUSIÓN

¿Cuál es la cura para la mentira? Estas son las instrucciones que se nos dan: «Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros» (Efesios 4.25).

Pablo dijo que la verdad está en Jesucristo (Efesios 4.21). Dado que nosotros también estamos en Cristo, hay tres cosas que debemos hacer: 1) *Conocer la verdad*, 2) *amar la verdad* y 3) *vivir la verdad*.

¿Ha aceptado usted que la verdad está en Él? Cuando usted tome la trascendental decisión de aceptar esto, comenzará a reconocer la verdad que está en Jesús, y el error que está en todo lo que se le opone a Él. Usted rechazará las mentiras. Rechazará las mentiras que se diga a sí mismo. Si usted no ha hecho su confesión de fe en Cristo, puede estarse diciendo una mentira, pensando que basta con asistir a los cultos, que basta con vivir una vida decente. ¡Cuán gran mentira le está diciendo Satanás a usted! Una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer. O está usted siendo gobernado por Jesucristo, o se está mintiendo a sí mismo acerca de su compromiso para con Él.

La santidad y la justicia no son preesas que podamos ganar viviendo una vida de bondad. Son recibidas por gracia como resultado de nuestro total compromiso para con Cristo. ¿Le entregará usted todo su ser al Señor hoy, a Aquel que dio todo Su ser por usted? Su sangre le está invitando hoy a venir y a disfrutar de Su paz. ■